

algunos de los soldados de Grijalva que se aventuraron á penetrar en los bosques inmediatos al pueblo, vieron algunas piezas, y entre ellas algunas liebres que les hicieron recordar las de Castilla. Mas del oro que codiciaban, había poco y escaso, de manera que, no obstante la buena acogida que les dieron los habitantes de Cozumel, los expedicionarios quedaron de mal talante. De peor humor se pusieron con el bando que, á voz de pregonero público, mandó Grijalva publicar. Había recibido de Diego Velásquez, órdenes expresas de evitar toda contienda con los indios, y sacarles á la buena cuanto oro pudiese. Con este motivo, ordenó por bando que nadie hiciese daño á los indios; ni se burlase de ellos; ni hablase con sus mujeres; ni les robase sus bienes y honra; ni, menos aún, tuviese trato con ellos de oro, perlas ó piedras preciosas; pues que el capitán se reservaba celebrar por sí cualquier contrato ó negociación que los indios propusiesen. Amenazaba con graves penas por la infracción de sus disposiciones, las cuales mandaba se guardasen durante toda la expedición; y ofrecía también castigar severamente todo abandono de la guardia ó retén donde quiera que se estableciese.¹

Estuvo esperando Grijalva que el cacique de Cozumel viniese á visitarle; pero sus esperanzas resultaron fallidas, y en la tarde se embarcó con su gente en los navíos, decidido á continuar su viaje. Así lo efectuó, dándose á la vela al día siguiente, 7 de Mayo, con dirección al poniente.²

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 423.—Oviedo, op. cit. pág. 507.

² *Itinerario de Grijalva*, pág. 287.

CAPITULO IX.

Costa oriental de Yucatán.—Xelhá.—Tulám.—Descubrimiento de la Bahía de le Ascención.—Cautiva jamaiquina.

Después de atravesar como quince millas de un lado á otro, avistaron la costa oriental de Yucatán, y en ella tres pueblos que parecían estar separados como dos millas uno de otro, y provistos de muchas casas de piedra y paja. Uno de estos pueblos era Xelhá, á la vuelta del riachuelo del mismo nombre. Los soldados y capitanes subalternos invitaban á Grijalva á desembarcar, para reconocer aquella costa y poblaciones; pero éste rehusó firmemente dar su permiso para descender á tierra, y ordenó que siguiesen corriendo por la costa todo el día y la noche. Al siguiente día, 8 de Mayo en la tarde, se vió claramente desde lejos un pueblo muy grande, en el cual sobresalía una torre muy elevada á cuyo rededor había muchas casas; tantas y de tan buena apariencia, que los españoles compararon la población á la de Sevilla.¹ No era otra esta ciudad sino Tulum, cuyas ruinas aun se conservan, y se ven por los navegantes que trafican las costas orientales de la península de Yucatán.

¹ *Itinerario de Grijalva*, pág. 287.

La falta de agua, y el tiempo que se descompuso poco después de pasar frente á Tulum, obligaron á Grijalva á retornar al pueblo de San Juan de Cozumel, y lo encontraron abandonado y desierto: sus habitantes se habían escapado á esconderse en los bosques inmediatos, llevándose los objetos más preciosos que poseían: sólo encontraron los españoles maíz, frutas, camotes y raíz de mandioca, de todo lo cual se proveyeron; y tomaron agua del pozo situado frente á la habitación del sumo sacerdote de Cozumel.

Permanecieron allí hasta el martes, 11 de Mayo, en que se dieron á la vela: siguieron primero al sur por la costa de Cozumel; pero luego viraron al poniente, y fueron á buscar la costa de Yucatán.

A los dos días de navegación, la armada descubrió una punta de tierra, y luego unos bajos é islotes y una ancha abertura que parecía ser la entrada de una bahía; pero, conforme iban internándose, el agua era más baja y el fondo menor; los navíos caminaban con dificultad, y sus pilotos á cada momento temían encallar. Antón de Alaminos echó un bote al mar, y, lanzándose en él, se puso inmediatamente á reconocer y sondear; y acabó por comprender que toda aquella bahía estaba sembrada de arrecifes más ó menos peligrosos. Volvió á donde estaba el capitán Grijalva, y le comunicó sus investigaciones, de donde vino que el capitán celebrase consejo con sus pilotos y tenientes, y que, en junta, resolviesen todos separarse del rumbo que llevaban, y tomar el del norte para seguir bojando la tierra cuya costa habían comenzado á reconocer y medir. Era este día 13 de Mayo, fiesta de la Ascención, y por este

recuerdo le pusieron el nombre de «Bahía de la Ascención» que hasta ahora conserva.¹

Acordada la salida de la bahía y la variación de rumbo, no fué poca la dificultad que tuvieron los buques para voltear y pasar al alta mar, porque los escollos y rompientes dificultaban tanto la marcha que hasta el domingo, 16 de Mayo, fué cuando hubieron de concluir de ponerse afuera de la bahía; y emprendiendo camino por la costa, hacia el norte, navegaron con buenos vientos, favorecidos por las corrientes. Anduvieron, así costeano, en busca del puerto de Campeche, ó del cacique Lázaro, como le llamaba Antón de Alaminos y otros que habían acompañado á Hernández de Córdoba en el viaje anterior, y un día, desde el puente del buque mandado por Alonso Dávila, se observó que, paralelamente al rumbo que el buque seguía, corría un individuo por la costa, haciendo señas y ademanes de que lo esperasen y socorriesen. Dos leguas seguidas caminó el buque, y aquel individuo, con extraordinaria tenacidad, continuaba su camino por la costa, y sus señas suplicantes; en tales términos que, movido á compasión Alonso Dávila, ordenó parar el buque en que iba, y envió un bote á la costa para inquirir lo que deseaba el misterioso corredor. La detención del buque de Dávila cogió á novedad á Grijalva, porque empezó á sospechar que tal vez hubiese encallado: entró él mismo con presteza en otro bote con algunos soldados y marineros, y voló á socorrer á Dávila; mas llegando al buque de éste, se informó de la verdad del suceso, y, sin más esperar, se diri-

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 509.

gió á la costa, precisamente cuando ya volvía el bote enviado por Dávila. Venía en él una mujer jamaíquina que había caído cautiva en Yucatán, y que había estado sometida á la más áspera servidumbre, según menudamente detalló en la narración que hizo á Grijalva de su cautiverio. Fastidiada del maltrato de sus señores, se había escapado; y caminando por entre breñas y maleza había acertado á alcanzar la costa, pensando encontrar alguna embarcación que misericordiosamente la recogiera. La fortuna quiso que saliese á la costa cuando desde ella se columbraba la nave de Dávila; y, temiendo perder ocasión tan peregrina de salvarse de la servidumbre y tal vez de la muerte, había seguido perseverantemente por largo tiempo el rumbo del navío, haciendo incesantes señas para que la recogiesen á bordo, pensando que, de todos modos, con esto se salvaría, ó por lo menos mejoraría de condición. Así fué en realidad, porque Grijalva le dió graciosa acogida, la hizo pasar á su bote, y la llevó á su buque.

CAPITULO X.

Río Lagartos.—Llegada á Campeche.—Desembarque y combate con los indios del cacique Lázaro.—Muerte de Juan de Guetaria.—Tregua y proposiciones de paz.—Pedro de Alvarado y Antonio de Amaya ajustan la paz.—Retirada de Grijalva.

El lunes 17 de Mayo en la tarde, se distinguió perfectamente la tierra, y aun dos edificios blanqueados con cal, en forma como de torres: una muy ancha, y otra semejante á una capillita, como las que se ven de ordinario á la salida de las poblaciones. Pasaron la noche anclados en frente de aquella población, y, al día siguiente por la mañana, emprendieron de nuevo su marcha á la vista de la costa, y tan cerca de la tierra que podían distinguir, desde los navíos, la playa, la vejetación, las poblaciones, los edificios y las mismas diferencias y sinuosidades de la costa. Vieron una pequeña ensenada que parecía formada por dos islas; una punta de tierra que se internaba en el mar; y luego por toda la costa mucha gente; y de noche, muchas humaredas. Al fin anclaron frente á unas playas de arena, perdidos y extraviados de rumbo, porque Antón de Alaminos decía que habían pasado ya de Campeche, y que aquellas no eran sino las de Champotón. Con este dictamen, retrocedieron camino, andando para atrás como seis leguas, de manera que, el 24

de Mayo que notaron su error, se encontraron todavía frente á Río Lagartos; y como estaban muy necesitados de agua, bajaron á tierra á buscarla, aunque en vano, porque, á la par de Hernández de Córdoba, no encontraron sino agua fangosa y no potable. Abatidos por los vanos esfuerzos que practicaron para proveerse de agua, hicieron todo lo posible para llegar en el término más breve á Campeche, y, á la puesta del sol del día 25 de Mayo, surgieron frente á esta población, bastante cerca de ella porque se veía el pueblo y la gente que andaba por la costa. Toda la noche, desde la cubierta de los navíos, oían los españoles en la playa mucho ruido de tambores, atabales y trompetas, lo cual les hacía colegir que los indios estaban en vela. De mal augurio era tan extraordinario estrépito, y así, el capitán Grijalva pasó toda la noche aprestando su gente de desembarque de suerte que, lista al amanecer, pudiese bajar á tierra sin mayor riesgo. Serían como las cuatro de la mañana del día 26 de Mayo, cuando se desprendieron de los buques los botes que llevaban á la tropa, á la cual se dió por consigna no hacer ruido alguno, para que llegasen á la playa sin ser sentidos. Así lo hicieron, y con tanto acierto que pudieron desembarcar tres piezas de artillería y toda la gente de los botes en frente de una casa de piedra que estaba junto á la orilla del mar. Mas no tan pronto los españoles se posesionaron de tierra, cuando salieron de la casa varios indios que en silencio se dirigieron al inmediato pueblo: evidentemente eran centinelas avanzados, y se replegaron para dar aviso del desembarque del enemigo.

Se apresuraron, pues, los españoles á concluir su desembarque; se organizó el campo, poniéndose guardias y centinelas; y se mantuvieron á la defensiva, entretanto los botes activaban la operación del desembarque de la gente, que duró todavía hasta que ya el sol había salido y permitía distinguir la posición de los indios.

Indudablemente estaban en son de guerra. Eran en gran multitud, y estaban armados con arcos, flechas y lanzas; hacían visages y gestos de ira; brincaban, y saltaban, y con ademanes mostraban á los españoles su enojo, como si les amenazaran con que, de no salir de su tierra, les acometerían crudamente. Grijalva, consecuente con las instrucciones de paz que traía, y obedeciendo á su natural carácter inclinado á la clemencia y á la suavidad, les hizo decir á gritos, por el intérprete, que no venía á hacerles mal alguno, sino sólo á tomar agua, pagando su valor. Entendiéronlo los indios, y, acercándose al real de los españoles, expresaron que el cacique les permitía tomar el agua que deseaban; pero que después de tomar cuanta necesitasen, se fuesen; porque si bien ellos querían ser amigos suyos, también ansiaban librarse de su dominación.

La casa de piedra donde los españoles se entraron no era otra cosa sino un templo de ídolos; y, como en Cozumel, quiso Grijalva que, antes de pasar adelante, rezase la misa el Padre Juan Díaz que le acompañaba en la expedición. Grijalva y toda su gente oyeron la misa con toda piedad y atención; y, tan luego se hubo concluído, se movieron para tomar agua en el mismo pozo donde Hernández de Córdoba se había proveído de ella en el viaje pasa-

do. El capitán y su tropa formaron su campo al rededor del pozo, para proteger el trabajo de los marineros y grumetes que se ocuparon en llenar las pipas; mas, como esta operación duró todo el día, los indios y los españoles permanecieron recelándose mutuamente. Empezaron los indios por asomarse tímidamente por entre la arboleda del bosque vecino al pozo, siempre armados de sus arcos y flechas; luego venían indios desarmados, y, acercándose al intérprete Julián, le encargaban dijese á los españoles que no querían que por más tiempo permaneciesen en su tierra; y Grijalva les respondía que no se demoraría más tiempo que el que le fuese menester para tomar agua, y que así lo hiciesen presente á su cacique, y que le rogasen en su nombre que viniese á verle. Con palabras tan suaves, tomaron confianza; y, á poco rato, volvieron trayéndole una gallina cocida y muchas vivas, frutas, tortillas, bollos de harina de maíz, y pellas de pozole, lo que Grijalva correspondía haciéndoles donativos de cuentas de vidrio de colores, que á los indios agradaban y caían en gracia tanto, que servían de atractivo para que otros viniesen en solicitud de ellas. Viéndolos el capitán tan confiados, les preguntó si tenían oro; pues que no se olvidaba de que éste era uno de los objetos más recomendados por Diego Velásquez; y aunque los indios se mostraron diligentes en traerle algunas alhajas, no agradaron á Grijalva, porque resultaron ser de cobre dorado. Entretanto, llegó el crepúsculo de la tarde, y, como los indios viesen que los extranjeros no desamparaban el pozo, empezaron á encolerizarse y desesperar de la demora, y aun se mostraron dispuestos

á romper hostilidades; y de seguro hubieran empezado desde luego la pelea, si no hubiera sido porque Grijalva los calmaba y sosegaba, asegurándoles que no llevaba intención de quedarse, y que al día siguiente se marcharía.

En estas y otras alternativas, entró la noche: los indios se retiraron á su pueblo, ó permanecieron cuidando una albarrada que les servía de fortificación avanzada; y estuvieron en vela toda la noche, preparándose para el día siguiente. Al amanecer, los españoles descubrieron que el número de sus adversarios se había multiplicado: no podía dudarse que preparaban un ataque y que este ataque no podía tardar. De la trinchera inmediata salieron dos indios que eran como sacerdotes, y que con las manos hacían ademán de ordenar á los españoles que se fuesen. Luego uno de ellos encendió una antorcha que en la mano llevaba, y la puso sobre una roca, en el intermedio de los dos campos, y, sin hacer otra demostración, volvió atrás con su compañero: era esta ceremonia como plegaria y ofrenda que hacían á sus ídolos para pedirles fortuna en la batalla. Mientras la antorcha ardía, los indios no rompieron las hostilidades, antes parecían amigos: iban y venían de uno á otro campo, y aun obsequiaban al capitán Grijalva con gallinas; pero cuando la antorcha se extinguió, comprendieron los españoles que era llegada la hora de batirse. Prorrumpieron los indios en salvajes alaridos, en gritos y silbidos estrepitosos, y una lluvia de piedras y flechas partió de la floresta y de la trinchera que estaba en frente del campo español. Grijalva recibió serenamente aquella granizada, tan serenamente que ordenó á

su tropa que nadie tirase hasta que lo ordenase; y se tomó el tiempo suficiente para que el escribano hiciese constar, por testimonio auténtico, que sólo iba á batirse en defensa propia. Los soldados estaban frenéticos por pelear; mas él, con pasmosa tranquilidad, les mandó que permaneciesen quietos hasta que la artillería tirase. Así fué, en efecto: mandó dar una descarga de artillería; y luego, la señal de embestir. Los castellanos, contenidos hasta entonces, arremetieron con furia y coraje, é hicieron una gran matanza en los indios, especialmente con el arma blanca: con sus espadas, según dice Las Casas, partían por medio los cuerpos desnudos. Los indios se acogieron á la espesura del bosque; pero allí mismo fueron acosados por los invasores, que peleaban mezclados con ellos cuerpo á cuerpo.

La refriega duró largo tiempo, porque los indios ora emprendían la fuga, ora embestían de nuevo; y se resguardaban en el bosque, ya acometían á pecho descubierto; y, con esta manera de pelear, hicieron cuarenta heridos de los españoles, entre ellos el capitán Grijalva que sacó un diente de menos, otro quebrado, la lengua cortada y dos heridas más en las piernas. El intrépido Juan de Guetaria que, á impulsos de su valor y arrojo, se había comprometido en lo más intrincado del bosque, fué muerto, curtido á flechazos, que en multitud cayeron sobre él de todos lados. No obstante, como el arrojo y denuedo de los españoles no cejó un punto en la reñida pelea, los indios emprendieron la fuga, y se refugiaron al pueblo cercano, hasta cuyos linderos fueron perseguidos. Tres de las casas más avanzadas comenzaron á incendiarse, y los españoles

hubieran podido entrar á sangre y fuego en toda la población; pero el capitán Grijalva consideró prudente suspender el ataque, y se retiró á su campo, creyendo ya escarmentados á sus adversarios. Y era así, en realidad; porque en la tarde se presentaron comisionados de paz haciendo protestas de amistad en nombre del cacique. Fueron nombrados Pedro de Alvarado y Antonio de Amaya para tratar con los parlamentarios; pero, como al iniciarse la batalla se había considerado discreto embarcar al intérprete Julián, sólo por señas pudieron entenderse. Antonio de Amaya, con gran osadía, se aproximó hasta las trincheras indias, y pudo contemplar á los indios en situación diversa de lo que imaginaba: parecían aterrorizados, y se esmeraban en ofrecerle presentes de gallinas. La paz quedó ajustada, y, como símbolo de ella, el cacique Lázaro envió á Grijalva una menuda mascara de madera labrada cubierta de oro.

Grijalva concluyó su provisión de agua; formó su tropa de tres en fondo, y, á paso de marcha, yendo él al frente, desfiló en torno del pozo, y empezó tranquilamente el embarque de su tropa. Al ponerse el sol, todos los españoles estaban embarcados á bordo de los navíos.¹

¹ Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, tomo I, libro XVII, capítulo XI.—*Itinerario de Grijalva*, en la *Colección de documentos para la Historia de México*, tomo I, pág. 289.—Cogolludo, tomo I, libro I, capítulo III, colocó esta batalla como verificada en Champotón, siguiendo á Bernal Díaz del Castillo, y á Antonio de Herrera en sus *Décadas*.—Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, capítulo CX, opina que la batalla fué en Champotón; pero sin dejar de reconocer que otros historiadores y testigos afirman que tuvo lugar en Campeche.—Landa, en su *Relación de las cosas de Yucatán*, sigue la misma opinión que Las Casas.—Nosotros aceptamos por más verosímil la relación de Fernández de Oviedo, que cuenta con extraordinaria am-

CAPITULO XI.

Salida de Campeche.—Puerto Deseado.—La barra de San Pedro.—Descubrimiento del Río Grijalva.—Amistad entre Juan de Grijalva y el cacique Tabasco.—Continuación del viaje hacia el Noroeste.—Aprehensión de varios indios.—Grijalva da libertad á seis de ellos conservando dos en rehenes mientras volvían sus compañeros trayendo oro.—No vuelven los indios, y Grijalva queda engañado en sus esperanzas.

Pasaron todavía la noche en el puerto, y, al amanecer del día siguiente, se hicieron á la vela, costeano rumbo al sudoeste, con el fin de encontrar lugar adecuado dónde reparar uno de los buques que recibía alguna agua por su fondo. El 31 de Mayo divisaron unas islas, y no lejos de ellas un puerto muy bueno que cuadraba perfectamente para lo que deseaban, y así lo bautizaron inmediatamente con el nombre de «Puerto Deseado»,¹ que estaba pro-

plitud la expedición de Grijalva, y que tiene en su apoyo el *Itinerario de la Armada de Grijalva*, escrita por el capellán mayor de ella, y la *Carta primera de relación* de Don Fernando Cortés.

¹ Fernández de Oviedo. *Historia general y natural de las Indias.—Itinerario de Grijalva.*—Fernández de Oviedo parece dar á entender que Puerto Deseado es un lugar distinto del puerto de Términos, nombre con que apellidó Grijalva al actual puerto del Carmen, al cual, por su lado, Herrera dá el nombre de «Puerto Escondido.» Podría ser muy bien que el puerto conocido al presente con el nombre de Puerto Escondido, fuese el mismo que Oviedo denomina Puerto Deseado. Véase á Herrera «Tabla General, palabra Escondido,» y á Fernández de Oviedo, tomo I, libro XVII, capítulo XVII, y tomo II, página 141. El «Itinerario de Grijalva,» página 293, refiriéndose á Puerto Deseado, asienta lo siguiente: «y los pilotos declararon que aquí se apartaba la isla de Yucatán de la isla rica llamada Valor que nosotros descubrimos.» Si Puerto Deseado fuese lo que ahora se conoce con el nombre de Puerto Escondido, la isla Valor sería la isla del Carmen.

blemente situado en tierra firme, junto á la Laguna de Términos. El viaje hasta Puerto Deseado no había carecido de riesgos é incidentes. La costa mostraba su hilera de peñascos cortados, y por el mar se observaban muchas canoas de indios: al pasar frente á Champoton, aunque no quisieron anclar, recelando del caracter belicoso de sus habitantes, no obstante, algunos de éstos se acercaron en canoas de guerra á reconocer los navíos, y se aproximaron tanto, que fué necesario hacer una demostración para intimidarlos. Con este objeto, les echaron dos tiros de artillería, de feliz resultado, porque inmediatamente todas las canoas desaparecieron como parvadas de palomas asustadas por el tiro del cazador. Despues de este incidente, llegaron á Puerto Deseado: allí desembarcaron, y, como debían demorar algunos días para carenar la nave que hacía agua, formaron una enramada cerca de la playa, que les sirviese de abrigo; y, en los días que pasaron, distrajeron el fastidio de la espera ocupándose en cazar conejos, ciervos y liebres, y en pescar ju-reles de que abundaban mucho aquellas aguas. Como el brazo del mar que forma la Laguna de Términos era atravesado constantemente por indios comerciantes en sus barcos, un día descubrieron, no lejos del puerto adonde habían aportado, una canoa que llevaba rumbo de la tierra firme: ocurrióseles apresarla, y, poniendo en obra su designio, salieron varios botes en su persecución, y despues de algunas horas de andar tras ella, la alcanzaron é hicieron presa. Iban cuatro indios que para Grijalva vinieron muy oportunamente, porque descubrió que eran mayas, y así, le podían servir de intérpretes.

Los hizo bautizar, y los distribuyó en los cuatro navíos, y al que escogió para inmediato intérprete suyo, le puso el nombre de Pedro Barba.¹

El sábado, 5 de Junio de 1518, estaba ya concluída la reparación del buque descompuesto; y, hecha provisión suficiente de agua y leña, el General Grijalva dió orden de levar anclas, y los cuatro buques se dieron á la vela, siempre con dirección al poniente.

Siguiendo la costa septentrional de Tabasco, el 7 de Junio distinguieron la barra de San Pedro y San Pablo; y, continuando adelante, al día siguiente como á seis millas de la costa, se dieron cuenta de una gran corriente que venía de tierra arrojando agua dulce. Era tan fuerte, que los buques con dificultad la dominaban. Pronto comprendieron que en aquel lugar desaguaba un río caudaloso, al cual pusieron el nombre de «Río Grijalva.» Permanecieron en el mar en observación; pero al día siguiente subieron el río, internándose como media legua en él. Sus riberas estaban pobladas de multitud de indios armados, y á lo lejos se veían bajar multitud de botes de todas dimensiones, que al aproximarse se distinguió que pasaban de ciento, cargados de indios que podían llegar á tres mil. Uno de los botes se desprendió de los demás, y, acercándose á los buques españoles, se pudo descubrir que traía en la proa á un indio principal, jefe de toda la flota: traía embrazada rodela cubierta de plumas de colores, y en el centro, reluciente patena de oro que brillaba con el sol. Preguntó este jefe á los españoles qué era lo que querían, á lo cual Grijalva con-

¹ Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 517.

testó, por boca de su intérprete, que quería ser su amigo, y venía á estar con ellos, y darles de lo que traía. Con esto, volvióse el capitán indio con su flota á su pueblo, pues que debía de ser un mensajero del cacique del lugar, y tornaba á dar á su señor noticia de lo que había averiguado. Así se puede colegir, porque en la tarde volvió el capitán indio á bordo de los navíos españoles, con encargo de decir á Grijalva que su jefe, así como todos sus súbditos, se complacerían en llevar amistad con los españoles, y, en prueba de ello, le trajo presentes de vistosas plumas de diversos colores, y una máscara dorada; á lo cual correspondió Grijalva obsequiándole con una medalla, un espejo dorado, dos sartas de cuentas verdes, unas tijeras, un par de cuchillos, un gorro de frisa, y un par de alpargatas, todo lo cual fué llevado con regocijo al cacique, pues todas estas bujerías, como nuevas y nunca vistas, agradaron con exceso á los indios. Además, anunció el mensajero que su señor vendría en la mañana siguiente á visitar personalmente á Grijalva, para poner el sello más firme é inquebrantable á su amistad y concordia.

Tal noticia agradó sobremanera á Grijalva, porque la amistad con los caciques indios se ajustaba perfectamente á las instrucciones que tenía; y pensaba que, por este medio, no dejaría de proporcionarse algún oro y otros metales preciosos que tanta falta le hacían para agradar á Velásquez. Así fué que desde muy temprano hizo aderezar los navíos, alistó á toda su tropa, en los puentes, bien armada y equipada, y mandó izar la bandera española al tope. Empavesó sus embarcaciones, y él mis-

mo se vistió con el mayor esmero. Se puso una ancha casaca de seda cruda color carmesí, larga y sin botones, zapatos con hebillas de oro, y cadenas y dijes preciosos y muy ricos, que asentaban bien á su persona, porque era gentil mancebo, joven y de gallarda apostura.

Apenas había salido el sol, y cuando Grijalva esperaba la deseada visita en la proa de la nave capitana, vióse bajar con rapidez el río, á un bote coronado de remeros que daban al remo con asombroso brío y vigor: en el fondo venía sentado el cacique Tabasco, sin armas, y llevando retratada en su fisonomía, la expresión más sincera de regocijo, de confianza y de seguridad. No semejaba al rey que va á pagar visita al embajador de un igual suyo, sino al hermano que penetra con familiaridad bajo el techo fraternal. Así sube el cacique Tabasco al puente de la nave capitana, y Grijalva, en justa correspondencia, le recibe con respeto, le colma de atenciones y consideraciones, y, después de abrazarle cordialmente, se sientan ambos capitanes á conversar con semblante amistoso y afable. Conversación por cierto, original, pues que en ella más parte tuvieron las señas y los gestos, que no las palabras; pero, en fin, á veces para mostrar amabilidad y afecto puro y desinteresado se prestan más las expresiones del rostro, que no las palabras; y tal sucedió esta vez, porque ambos jefes quedaron recíprocamente contentos y satisfechos, y lo mostraron con los mutuos agasajos que se hicieron. El cacique mandó sacar de su bote una petaca de palmas, cubierta de cuero de venado, y se la ofreció á Grijalva con todos los presentes que contenía, y

que eran piezas de oro correspondientes á una armadura de oro finísimo con la cual, por sus mismas manos, revistió á su amigo.

Grijalva, por su parte, mandó poner al cacique una muy rica camisa blanca de finísima tela, y, quitándose la casaca de seda que vestía, se la puso al cacique, con una gorra de terciopelo, y unos zapatos de cuero nuevos y muy buenos. Despidiéronse luego como sinceros amigos; pero, como la fuerza de la corriente del río no permitía á los buques españoles subir hasta el pueblo que servía de capital, fué preciso renunciar, por esta vez, á penetrar en el interior de esta provincia, que á la simple perspectiva de sus riberas y costas, y de sus caudalosos ríos, hacía adivinar una tierra de verdes selvas, fértil y rica en productos para el alimento y comodidad del hombre. Los compañeros de Grijalva, al ver sus vírgenes bosques, sintieron nacer en su corazón ardientes simpatías hacia esta tierra, que se imaginaban en alto grado felicísima. Rogaban con ánsia á Grijalva que hiciese allí asiento y población; pero Grijalva, adherido estrictamente á sus instrucciones de no poblar, resistió tenazmente á todas sus instancias, y aun á las murmuraciones que su misma firmeza hizo nacer.¹

Dió órdenes de levantar anclas, y, arrostrando el descontento manifiesto de su gente, salió á la mar, el 11 de Junio de 1518, y prosiguió su camino por la costa, al poniente. Todo el litoral parecía sembrado de poblaciones y lleno de edificios que daban

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, cap. CXI.—*Itinerario de Grijalva*, pág. 294.—Oviedo, op. cit. tomo I, cap. XIII, lib. XVII.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. cap. XI.

señal de lo bien habitada que estaba entonces aquella región. De tiempo en tiempo, se divisaban en el horizonte canoas de indios tabasqueños que se desprendían de la costa, sea para pescar, sea para ir de viaje de uno á otro punto, sea en fin que saliesen á vigilar el camino que seguían los españoles. Grijalva se entretenía á veces en mandar cojer y aprisionar algunas de estas canoas: la primera que cayó en su poder estaba tripulada por cuatro indios, los cuales, llevados á presencia del jefe de la expedición, no pudieron darse á entender; hablaban diversa lengua que los mayas, y á duras penas pudieron comprender algunas de las señas que se les hacían. Lo que sí entendieron perfectamente fué la pregunta que les hicieron relativa á la existencia de oro en aquellas comarcas, porque, apenas les presentaron una muestra, contestaron que había mucho en su país; que lo recogían hasta en las arenas de los ríos; y que, si los soltaban, habrían de traer gran cantidad del precioso metal, en gratitud de su libertad. Comprendieron perfectamente la avidez de sus captores, y acariciaron su flaco, para conseguir su libertad.

Los indios, desde sus primeros tratos con los españoles, desmintieron con hechos la estolidéz que tanto se alegó después como pretexto para no ilustrarlos. La prueba palpitante se halla á la mano en estos infelices tabasqueños que, cautivos, adivinaban á la primera ojeada la pasión de sus dueños, y se propusieron halagarla para salir del cautiverio. Y alcanzaron su fin; porque, cogidos más tarde otros cuatro indígenas, Grijalva dispuso que se diese libertad á seis de ellos, con encargo de que fuesen en

busca de oro, y con promesa de que, en trayendolo, soltaría también á los otros dos tabasqueños que conservó en rehenes. Los indios, sin embargo, una vez recobrada la libertad, jamás volvieron á pensar en el oro, ni en sus desgraciados compañeros, ni en los ofertas de Grijalva: se fueron para no volver.

El mismo Grijalva quedó chasqueado, pues, creyendo á pie juntillas que habían de volver trayéndole el oro ofrecido, andaba preocupado con su vuelta y con el oro que esperaba. Como puede notarse, daba gran importancia á las instrucciones de Velásquez, que le había ordenado no tanto guerrear y batallar para hacer conquistas y adquirir posesiones, cuanto recoger mucho oro y llevárselo, y, para ello, tratar bien á los moradores de los países descubiertos.

Así es que, llena su imaginación de estos pensamientos, quedó muy alegre cuando un día muy de mañana vió en la costa muchos indios con dos banderas blancas, con las cuales como que llamaban la atención de los buques, y pedían auxilio. Creyó cándidamente que eran sus indios que, leales y exactos, le llamaban para ofrecerle á montones el oro; y, más que de prisa, detuvo el andar de sus buques, y aprestó botes y gente para el desembarco. Personalmente se metió en uno de los botes, mas no le valió su intrepidez y decisión; fué preciso renunciar á bajar á la playa, porque el mar estaba agitado, había gran resaca, y la costa era quebrada y peñascosa: se corría grave riesgo de estrellarse antes de poner el pie en tierra. Hubo que resignarse, pues, á hacer señas á los indios, invitándoles á venir; señas que contemplaron sordos é indiferentes,

si no con desdén. Grijalva acabó por persuadirse de que le habían dado una buena brega, y, bastante mohino y desconcertado, se volvió á sus buques, y prosiguió adelante su viaje.¹

¹ Oviedo, op. cit., tomo I, pág. 522.

CAPITULO XII.

Aguayalulco.—Descubrimiento del río de Alvarado.—La isla de Sacrificios. Desembarque y permanencia en la costa.—Pedro de Alvarado es enviado á Cuba con noticias de la expedición.

Dos días después de la salida de Grijalva, habían visto un pueblo en la costa, á la orilla del río de Aguayalulco. Sus habitantes salieron á la playa á contemplar el tránsito de los buques españoles, y á mostrarles su hostilidad, como para impedirles aproximarse á sus hogares. Llevaban en la mano izquierda relucientes conchas de tortuga con que se creían bien defendidos, y amenazaban con las manos y con los gestos. Pusiéronle los españoles á este pueblo el nombre de «La Rambla.» Pasaron luego frente al río de Tonalá y puerto de San Antón, por el río de Goatzacoalcos, y empezaron á descubrirse unas grandes sierras cargadas de nieve, llamadas hoy sierras de San Martín, por haber sido el primero que las vió un soldado llamado San Martín, vecino de la Habana.¹

El capitán Alvarado se había adelantado con su bergantín, y, entrando en el río que lleva su nombre, se puso á reconocerlo, y aun bajó á tierra, y en-

¹ Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 11.